

Ventana A 1525 y Dos Siglos De Libertad

Por:

Galo Striedinger

Para mi madre Stella, la madre de mi madre, Celina y Celina mi hija...

Mi motivación inmensurable.

La Casa de Ciénaga

Cada vez que el McDonnell Douglas MD-80 se acercaba, rompía las nubes, haciendo su ruido atronador con sus colores rojo y blanco ostensibles, los dos tubos atados en la cola empujaban el cargamento de flores justo cuando dos dedos empujaban uno de papel, mi hijo permanecía hipnotizado por la fuerza de su juguete en el cielo, solía sentirse emocionado por tenerlo a la vista, privilegio que no era posible en nuestra ciudad, su viaje culminaba justo a las estribaciones al pie de la misma; haciendo imposible que niños de su edad contemplaran el descenso acelerado de una maquina descomunal. Su gran juguete fue el vuelo Bogotá - Santa Marta, observado desde el municipio que es segunda ciudad del departamento del Magdalena, los mismos aviones que un día lo llevaron a formar su propio camino y hoy juegan para sobrevivir ante otros más grandes, modernos y ligeros; siguen sin ser vistos por algunos niños de la nueva generación, a aquellas maquinas no les quedaría mucho gas por pintar líneas blancas en senderos radiantes en el índigo de todos los cielos. Siempre llevé a mi hijo a esta tierra, Ciénaga, allí nació y lo bauticé, como Galileo, un nombre más dado para apodos que para diminutivos cariñosos, en estas tierras se le ofreció la cápsula de la armonía en el hogar de Celia y Vladimiro, familia de mi madre conformada por un doctor y una empresaria dedicada al arte de las flores, el ganchillo, canutillo, pastelería, las cuentas, los glaseados y las lentejuelas. Flores que eran transportadas desde la capital para ser el deleite de toda clase de emociones enraizadas en esos desconciertos más intrínsecos de los seres humanos, la alegría o las despertadas por la tragedia. 1525 es la ventana donde llevé a mi hijo a ser una extensión de mis sueños, enraizándolos en culminar lo que no pude lograr, una educación libre e inexcusable, con la herencia histórica y las obras que vívidamente no se borran de los recuerdos. Allí en Santa Marta, el trasegar matutino, la exposición directa a un sistema económico y la influencia de estas mismas acciones mercantiles, operaron diseñadas para el desarrollo personal y académico base de su vida futura, se gestó el pilar para construir hacia donde iría su trayectoria académica. Desde 1925 con el nacimiento de Celina mi madre, fecha de la puesta en marcha de la única escultura de un fundador próxima a cumplir su primer y único siglo, pocas cosas han pasado dignas de referencia más allá del hombre en guayucos y su compañera sentada sumisa en el suelo, allí a unos pasos de donde tantas tardes mi madre y mi hijo trabajaban trasegando las edificaciones pilares morales de la gobernabilidad, sin teoría de modelos económicos, solo cargados como vendedores de dulces por las tardes y arepas, empandas, carimañola por las mañanas, mirando incidentalmente a diario la rotonda en la que más adelante descansaría los pilares para la obra a los Tayrona.

El indio, una gran merecida obra, no obstante, en deuda por más de 400 años de carencia de ánimo a la pertenencia. Mi hijo nació con las mismas tres obras con las que creció, Bolívar, Bastidas y Prometeo. Salvo las obras inspiradas en la etnia Tayrona un cuarto de siglo atrás, la Marina de Santa Marta y el reciente majestuoso monumento al mono de “Pescadito” junto al estadio Eduardo Santos; realizada por otro artista caribeño más concretamente Guajiro. Las obras donadas en 1993 por el artista Héctor Lombana, dan un merecido homenaje a pesar de una espera de casi 473 navidades, a quienes fueron los nativos antes de la conquista, cabe resaltar que su acreditación como artista se forja en España e imprime su talento de vuelta a su tierra y por varias latitudes y paralelos del globo. Nos han dejado pocos recuerdos, no se ha levantado un solo monumento, que describa tácitamente el grupo que falta en nuestra historia, se esbozan en la ciudad de Bastidas: Bastidas como fundador, Bolívar como el libertador y solo recientemente tan reciente como unos veinticinco años atrás los Indígenas nativos antes de que llegara la conquista. La ironía es palpable, casi 500 años de antigüedad y abandono a la aceptación de los que fueron o son los dueños de estas tierras, dos siglos de independencia y 175 años de espera para erigir una obra a los primeros habitantes. ¿Pero dónde estamos nosotros representados? ¿Dónde estás tú? ¿Cuál de ellos te representa fehacientemente?

Un conquistador, un libertador unos indios y ni un solo negro esclavo. Sí, se oye bien no hay un solo recuerdo a los esclavos que hacían parte de la trama de esta ciudad, es apenas justo entrelazar la realidad de los actores protagonistas y las obras levantadas en el centro de la ciudad, que narran la historia flemática, por pedazos, e inconclusa. En contraste a 40 km de Santa Marta, se levanta la imagen que completaría un personaje que fue morador y parte de la historia real de la región Caribe, el número de esclavos según los registros del tesorero, 75% del número de esclavos no era declarado, se negociaban en el mercado negro de ese lapso, como lo refleja un documento de 1630 dando detalles al rey español de la época. Sumado a esa carta, los registros notariales del 1800 evidencian un alto volumen de trámites de venta o liberación de esclavos. Solo en la ciudad amurallada a 239 km, se levanta la obra del personaje rompiendo sus cadenas fieles al recuerdo y a su herencia. Será acaso: ¿Que las obras las hagan otros, recuerden otros, comisione otro y que tire cada quien “pa” su catabre? (El precursor de la frase C. Monery, “Tira pa su catabre y yo pal mío”, fallece pocos días antes del 20 de Julio 2019) Mi madre Celina, nació hace casi un siglo, justamente el año en que se comisionaba la obra del fundador Don Rodrigo de Bastidas y es en este mismo parque donde caminaba con su nieto el recorrido obligado del mercader que posee clientela propia,

sin competidores y distinguida, es justo a una cuadra de distancia de este mismo lugar, en la calle 16 entre primera y segunda, donde doña Anaïs atraía las abejas ávidas de volar sobre el festín de dulces de coco, piña, papaya, leche, ajonjolí y otros más, tenía clientela y revendedores, uno de esos eran Celina y mi hijo. Todos sin saberlo, también hacían parte del olvido sistemático, al no brindarle arte a la ciudad donde moraban. Ciénaga a unos 35 minutos de la plaza de Bolívar, ejerció de refugio perfecto para aprender el cuento del Caimán y gringos detrás del banano.

Hijo de poeta, Vladimiro destilaba un estilo acorde a la pretensión de algunos padres, era culto, elegante y médico. Esa tranquilidad y el arte que se respiraba en esa casa, eran el cóctel perfecto para que mi niño escapara a otra realidad virtual, una ventana al arte y la elegancia, un eslabón intrínseco, que mis manos no sabían dar, un baño e inodoro con privacidad soberana solo para él, sin premuras por otros inquilinos, allí se sembró una influencia artística representada en las paredes de los libros de la biblioteca, las pinturas de los toreros, un atlas gigante que le permitía viajar de Sur a Norte en segundos solo con sus dedos, atravesar el Atlántico y circular en Estocolmo como un lugar imposible, literalmente imposible llegar hasta allí. La facilidad para tomar café Dolca a cada desayuno, dibujaban el escenario idóneo para tener destellos de felicidad, así como poder reír al mirar las revistas de Condorito y el soñar con los carros de las revistas apiladas debajo de la mesa del teléfono. Un teléfono análogo verde oliva que integraba en una sola pieza, auricular, micrófono y el disco de marcar, hacia indisoluble parte de la escenografía, solo allí, ya que en otro lugar habría sido imposible de contemplar, a diferencia de donde vivíamos, mi madre Celina y yo.

Allí en esa casa la penuria no era cotidiana, teléfonos sin candados miniatura invitaban a llamar a cualquiera al otro lado del mundo antagónico, ¡oye acá el teléfono no tiene candado! Este era de un olor peculiar, tal vez impregnado del humor, las energías y fluidos bucales, quizás debido al sistema ergonómico que se ensanchaba en toda la cara, luciendo parcialmente como un aparato venido de tiempos modernos, sin embargo, sus olores, que a pesar de todo eran únicos para ese hogar e inadvertido para los dueños de la casa, eran percibidos por mi hijo solo con levantarlo. En aquel lugar mismo, mi hijo acariciaba el Renault 18 blanco, que en su mente era muchísimo más que el simple vehículo personal del médico de ese municipio, los sonidos también penetraban, raros y agudos, un silbido constante del anfitrión perfumado de buen humor, lo seguía por partes de la casa armonizado con el resonar de manojo de llaves, compasado a su sombrero terracota, la guayabera y el fruto musical del saxofón de Vladimiro, variadas notas obtusas, disonantes, estruendosas y

penetrantes. Abro aquí una ventana a los recuerdos donde han pasado más de cuarenta años... y mi hijo, sin saberlo, me acercó a su propio éxodo, manifestación consecuencia de la mezcla de olores, música, libros, estabilidad y café matutino. En esencia, a la influencia de aquella casa por amados recuerdos y el contraste con lugares turbulentos, hacen verterlos en un escenario idílico para lo que se añora como futuro, sin que el lamento regrese a recordar. Aquella casa donde el tiempo tomaba pausa prometiendo logros que coincidirían con el bicentenario de la nación, en donde habrían fechas tatuadas que vendrán a recordar y estarán en la memoria; recuerdos de como en la ciudad más antigua de Colombia y posiblemente la más añeja de Sudamérica, los hechos que envuelven a mi madre, a mi hijo, las esculturas en Ciénaga y Santa Marta, el arte o carencia de artistas, la ruta de la educación, la coexistían de carencias artísticas, concernientes a la tierra donde murió el libertador ayer y hoy, los reveses económicos que descubrían difícilmente establecer una educación ininterrumpida para mi hijo, augurando un final casi épico de pronosticar .

El espacio por donde entraba aquel vehículo, aún hoy existe, algunas modificaciones mínimas se han realizado por los actuales inquilinos, como transformar una sala de espera fúnebre en lo que era alguna vez un garaje, una ilusión óptica describe un espacio abierto sin rejas, pero allí están plegadas a los extremos como dejando entrar el recuerdo una vez más, son las dos estructuras que convergían en la mitad, se unían con un pasador que entraba en el piso y otro a media altura de forma horizontal, mi niño abrió feliz esas rejas varias veces, como parte del paquete incluido en esos fines de semana o vacaciones. Su cara en la ventana del conductor reduciendo la entrada de luz con sus manos para ingresar por un túnel hasta la silla del conductor. Aquellas rejas resguardaban la casa como el primer punto de acceso antes de la puerta principal. El Renault 18 blanco modelo 1982, debía entonces abrir otra puerta donde aparcaría bajo techo durante la noche, en la imagen por voluntad del azar, el poste de luz invisible en la imagen, crea una línea vertical que divide casi milimétricamente el espacio del garaje y el cuarto de la esquina. Un lugar especial, lleno de lo que mi niño carecía, camas sin usar y un baño exclusivamente para él y mi madre, con un jabón de limón Spree que nunca se agotaba, empolvado por el desuso, aunque también podrían usar: el baño principal, el del bar, el del patio y el de la casa de mi tía, ubicada en una de las cuatro esquinas, independiente pero con acceso mutuo vía internamente por el patio, aquella casa abarcaba una manzana completa. Creo vagamente recordar que había otro baño en la biblioteca, sin embargo el acceso allí era no controlado, pero si escaso.

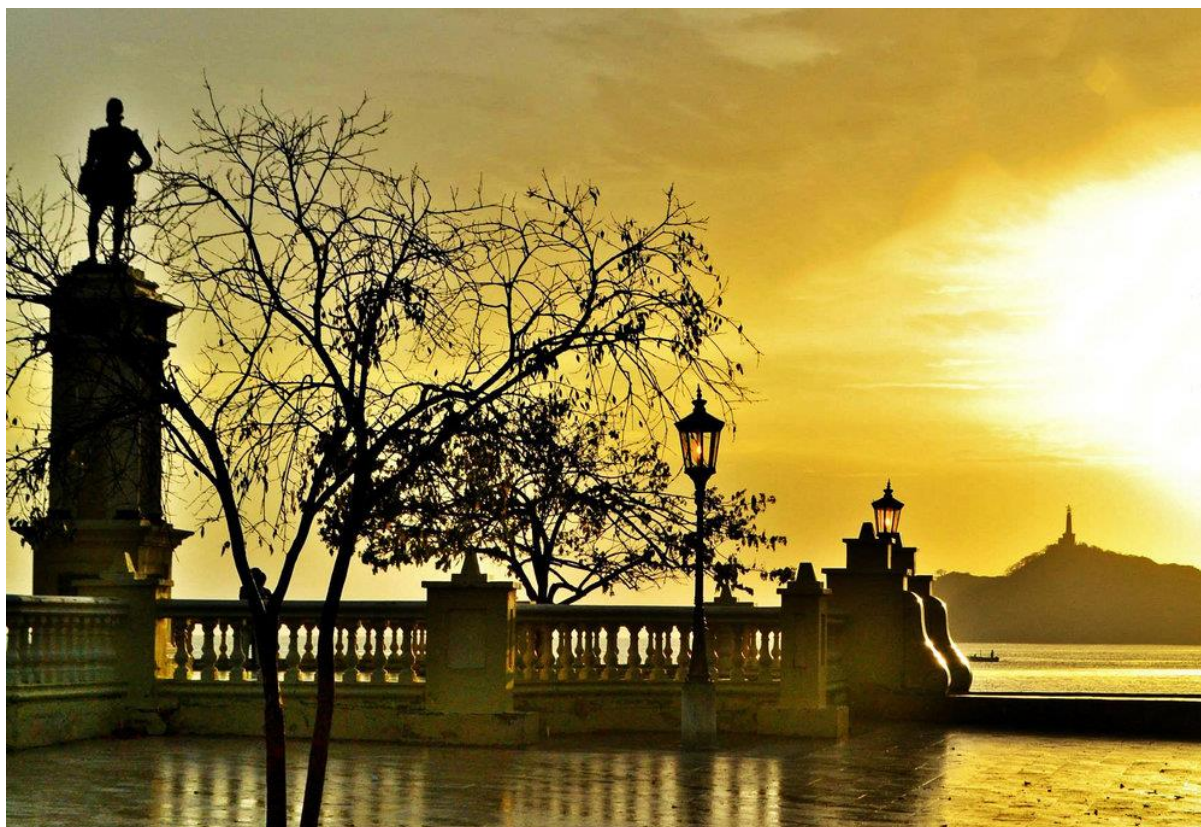
La Casa



Imagen año 2013, Carrera 14 & Calle 10, fuente: Google Mapa

La casa ocupaba las cuatro esquinas del bloque, con una subdivisión en una de sus esquinas que se elevó hace pocos años para efectos de expansión económica. Gran perfidia hacia lo nuestro se refleja en la cantidad de obras realizadas alusivas a la fundación desde 1525, los artistas escultores se pierden de manera inmune. A la ciudad y su fundación solo hay una obra, la escultura de su fundador, que valga recalcar no fue esculpida por locales o paisas, escultura que fue hecha por extranjero en el extranjero. Dicha obra está plasmada en la imagen como única muestra de la velocidad a como suceden las acciones en nuestra tierra y la invencible ruina. De allí la diferencia con esos lugares donde se hacen metros por primera vez y los artistas locales dan obras internacionales, pero no es la obra de gorditas o gorditos, de las que por cierto, no hay ni un enjuto personaje que encaje a la primera ciudad, ya a esta altura cansada de repetir bahía más linda y perla turística de América, escuchada por fenomenales artistas sordos, es lo de dejar obras en su región, ejemplo de quienes tiran para su catabre. El amor por lo mío, tal como el de Celina mi madre hacia su nieto, de mí, hacia mi hijo, y de ellos por sus clientes. La carencia impermeable marcada en número de obras, en relación al tiempo y sus personajes lidera el rezago, cantidad quizás irrisorias para propios y extraños, como en las palabras del italiano Adamo Chiusole en el siglo XVII, que se blasona diciendo: “No hay nada memorable en este lugar”, una réplica de lo que al parecer representa esta ciudad para aquellos que portan orgullosamente el desdén regional, con destellos de superioridad artística, desconociendo aceptar que por aquí arrancó un trozo gigante de la historia y por aquí se cerró la historia de vida de Bolívar, tal como dijo el alemán Bertolt Brecht: “Infeliz la tierra que necesita héroes”.

El Fundador y el Morro



Fuente de imagen: Katherine Grames

Es una ironía calculable el hecho que alguien decidió comisionarla 400 años después, como la confirmación de dicha tendencia al olvido histórico, es fácil adivinar que es la única escultura del fundador y que habla concretamente de la afamada perla de América, lleva muy poco tiempo erigida en relación al tiempo que Bastidas la hizo suya. En el horizonte, se eleva otra huella del abandono cultural y social de los propios residentes nativos, inexorable por capricho de muchos y al abandono del látigo incontenible del sol, la sal y la inclemencia hacia lo que es nuestro. Mirando a la distancia el navegar constante de las embarcaciones, atestiguan que es faro de nadie, la presencia del estado es contundentemente limitada a un guardia que a la hora de la verdad es solo nominal para gritar por radio calamidades insulsas de expertos pescadores, lugares con atributos similares en otros rincones del globo habrían hecho de esta roca un icono, un amague de las pirámides en Cairo, o Lourdes en París, porque menos trascendencia debería tener una vieja casa de balcones desgastada por el tiempo y visitadas por millares en Verona, que la roca que defendió como punto estratégico los amagues de reconquista. El Morro llegaría a hacer la punta de lanza para atraer extranjeros, plasmando su visita en una imagen dando la espalda al horizonte, metiéndose físicamente en la historia.

A diferencia de los muchachitos de su edad, mi hijo anhelaba que lo llevara hasta la parte alta del Morro, tal vez pretensión de llegar alto, lejos, escapar de un peso que acarreaba en su cuerpo y en su corazón, como si llegar allí representara nuevo comienzo, libertad, altivez, hazaña y triunfo, proeza imposible en esos días, escasamente pernotaban lanchas o botes a motor en este lado de la bahía.

Todas, casi todas eran botes artesanales de madera y remo, lo que impidió poner mi confianza solo en los brazos expertos y sus brújulas naturales incorporadas en los cinco sentidos de esos pescadores. Sumado al costo lógico del pasaje, una inversión imposible en esos tiempos por conclusiones obvias, habían prioridades como el sustento y la poca vestimenta que podía conseguirle, no obstante, intuía en mi corazón que a él ni yo ni la falta de un ínfimo pasaje lo detendría de ir al Morro algún día, y ver pasar el tiempo, las estelas a la distancia de los busques desde lo alto de esa roca, saber si ve justas o explotadoras las ventajas convenidas por el estado blando con los de afuera. He aquí que 20 años después, mi hijo cumplió su anhelo de subir, tocar y poner en su memoria la visita a algo que es de todos, el Morro y su faro, la ventana que le hizo escuchar los cañones que algún día desde este mismo punto se dispararon.

Lamento no poder haber cumplido su anhelo, mi única excusa fue lo exiguo y un letargo que no se sacudía de mi aureola, sumándome desprovista de faro paternal y presa por la exclusión sociocultural y educativa, mi hijo me pedía poco y no le podía dar, ni siquiera a mi ego, mi corazón le mentía con falso optimismo. De alguna forma la ciudad de Bastidas esta desnuda, en su lecho el inmisericorde altruismo se percibe la relación directa entre el número de esculturas y el origen de los artistas, el argumento justificable es tal vez la carencia de artistas, sin embargo comisionar, delegar, encargar también ha sido la constante ausencia, no solo no hay obras (esculturas) por los nacidos aquí, se pueden contar con un solo dedo de la mano, resaltando la imponente obra del indio Tayrona. Una obra de un Caribeño educado en Europa y que entra en el escenario histórico majestuosamente, mezclando personajes reales, un fundador, un libertador y un indio nativo quien es merecido protagonista de nuestra historia, y también que gracias a ellos surja la raza derivada de nativos y europeos, el mestizaje. Los caracteres encajan armónicamente y con arrojo integral, un conquistador “peninsular” Don Rodrigo de Bastidas, un “criollo”, nuestro Libertador y el “nativo”, representado vehementemente en las esculturas del artífice guajiro. De alguna manera, habrá que entenderse, que de las tres figuras principales en el camellón, una fue creada en España, Bolívar en Italia y el Tayrona por el oriundo de la Guajira, estudiado en el extranjero, es

entonces fácil suponer que el número de obras totalmente autóctonas y criollas es extremadamente bajo, además de que la obra del indio es relativamente nueva en proporción a la edad de la ciudad y la liberación. Es innegable que la marina es una obra de gran envergadura, quizás arte moderna, hace honores a la ciudad y la posiciona a la misma altura de los grandes destinos del globo, Monte Carlo, Monaco o Barcelona en España; obra ideada por gente con liderazgo de esta misma ciudad, no obstante, se mezclan aquellos intereses de la familia promotora de la obra con el control del Puerto de Santa Marta y el verdadero significado de reconocimiento a la ciudad.

Es en 1525, la ciudad donde mi hijo, creció, estudió y se hizo hombre, es en este lugar donde me sentaba con él, juntos aquí en el parque Bolívar, llenos de pausas, sin rutinas, con aire cargado de partículas de sal, olor a Caribe que llena los pulmones del alma y los recuerdos, nuestra bahía y a mirar el abdomen del caballo del Libertador, imponente y vigoroso como aquel avión que lo emocionaba a punto de aterrizar y que era solo visto desde Ciénaga. Mami, ¿cómo hace para que no caiga el caballo? Me preguntó una vez. Mi hijo recorrió este parque a diario con mi madre Celina, juntos andaban cargados con paquetes de dulces artesanales, elaborados por quien mi niño, por alguna razón le llamaba por antojo la turca, tal como la señora de indumentaria musulmán, que recorría las calles con una bicicleta triciclo avasallada de artículos y alimentos, quien vendía como especialidad entre muchas tantas cosas; huevos de codorniz, un adelanto gastronómico para aquellos tiempos. Una peculiaridad que se resiste a ser entendida, es que acá a los árabes o musulmanes se les llama turcos. Transitaban mi hijo y mi madre, todas las tardes este parque, ubicado en la carrera 1 entre calles 14 y 15.

El trayecto era una ruta geométrica y férrea con horario de oficina todas las tardes de lunes a viernes, la ruta de ellos empezaba, en la alcaldía a solo 80 pasos desde donde me encuentro sentada a las espaldas de Simón Bolívar. De la alcaldía seguían hacia la lotería, a una calle contigua, la 13 con segunda, cáusticamente el nombre de la lotería era: Lotería del Libertador. Un edificio desde donde se podía ver La Casa de la Aduana, el lugar donde se veló al Libertador. El itinerario continuaba hacia la Gobernación del Magdalena, saliendo hacia la calle 16 con carrera primera, pasando obligatoriamente a escasos metros del monumento que fue ordenado para los 400 años de fundada la ciudad, Bastidas. Allí en la Gobernación recorrían los tres pisos oficina por oficina, excepto la del gobernador, algunas veces usaban el ascensor, una trampa de pájaros gigantes presta a fallar en cualquier segundo, amenazando en dejarte atrapado allí para siempre.

En la parte posterior y testigo permanente de las visitas de mi madre y mi hijo estaba la Casa de la Cultura un testigo de que no se ha comisionado una sola obra por los últimos 200 años, alusiva al Libertador, el esclavo o la representación de aquellos que no eran ni Indios, ni europeos, ni poderosos libertadores, el obrero informal de ayer y de hoy, la figura representante de la clase laboriosa de la tierra.

El argumento presupuestal para obras, se esgrime como invencible, no obstante, ¿cuánto cuesta poner en marcha una huella artística? Los factores que matizan la demora para levantar una obra son extensos, sin embargo en lugares como San Francisco en California, tal vez el arte y la herencia sean parte de la identidad garantizada para nuevas generaciones gringas, erigir a Bolívar un foráneo, en suelo norte americano, se ve más viable, que reconocer a Santa Marta como la primera ciudad de este país y proporcionalmente la más abandonadas por los sistemas artísticos, políticos y económicos, por las varias generaciones de los nacidos aquí.

Osadas divulgaciones italianas y francesas que denigran y difaman la ciudad, fueron rebatidas con gallardía por el peninsular Don Julián Antonio en 1854¹. Quien expresaba la virtud de la ciudad más ávidamente que de lo que lo han hecho o dejado de hacer en los dos últimos siglos, samarios, caribeños y cachacos. ¿Es acaso deber de un imperio económico resaltar nuestra herencia? Las obras metálicas perduran a lo largo de la historia, muy escaso bronce al sol, la lluvia y la cagada de las palomas, la región cojea en arte y artistas, que hagan alusión específica de nuestra herencia, a la ciudad suramericana más antigua.

Soy Caribe así, artista capaz de prodigios, dispuesta a empuñar soberanamente, una estampilla postal, una moneda, un billete, distinción a los 500 y 200 años. Fundación y cierre de ciclo de la liberación, aquí en el centro de la historia, Santa Marta. Si el poder regional o central entregara al artista lo que requiriere para su obra, mi hijo me habría implantado otro relato, tal vez otro recorrido comercial, un golpe de justicia por un ente observador que impidiera su abuso infantil, en frente de numerosos testigos pasivos, incapaces de detener su sistema socioeconómico y encaminarlo hacia lo que el niño debe ser a esa edad, un organismo que rescatara mi estancamiento y obligárame a proveer unas garantías mínimas para su desarrollo intelectual, rescatarlo de niño mercader. Infortunadamente esta condición, se me generaba fruto de una anomalía cultural, donde la educación a medias ofrece resultados

¹La Perla de América, provincia de Santa Marta: reconocida, observada y expuesta en discursos históricos.

a medias, nunca debí abandonar la escuela, ser valiente y afrontar con orgullo mi primogénito, un jalón de orejas de mi padre ausente quizás habría hecho el trabajo, una madre dura que me llevara a rastras a la escuela, o un estado vigilante y garante de los derechos de aquellos de alguna forma vulnerables, nada de eso sucedió, nadie me obligo a seguir estudiando, en cambio seria madre sin garantías claras para mi hijo y su futuro. En la vida laboral comprobé que la falta de elementos tales como la educación secundaria y las pocas garantías sociales coexistirían en la extinción de mis logros, la excusa a mi fracaso no es mi entorno, no obstante, yo y solo yo, soy responsable, mas con el amor infatigable hacia la condición de mi hijo, el refugio inquebrantable subrepticio sobre todas las cosas. Comisionar arte no está en los planes culturales de los líderes políticos, los filántropos brillan por su voz ausente exasperante, el beneficio es poco reciproco, tal como no se le inyecta significativamente en los sectores necesitados de educación, ha habido vasto progreso por la explotación de los recursos en la región, banano, el agua, la tierra fértil y el carbón son para unos pocos; mientras es parvo lo que se le retorna al costeño, más allá de las obligaciones fiscales. Se crea una línea muy tenue que deja ver la legalidad moral de todo cuanto la ley exige, pero una marca palpable en relación a lo ético.

Parecería una tendencia, poner a fuego lento, la necesidad imperativa de otorgarle a esta ciudad la representación a la herencia histórica y artística que amerita, son 500 años de abandono y 200 de libertad representados paupérrimamente en dejar a la inclemencia el fuerte San Fernando en la playa del Batallón Córdova, no cuesta nada restaurarlo es cuestión de patriotismo y adhesión al arte, a su auto destrucción y victorias pírricas de avanzadas marinas y tecnologías exportadoras, mientras la educación oficial sigue a pasos enormes su desgaste y el desgaste moral innecesario del individuo quien la recibe a medias, mientras sigue algún alumno abriendo caminos a la consecución de algo tan simple como la formación profesional, prometida como un dilema para aquellos donde hacer sus necesidades fisiológicas en baños compartidos se convierte en un pavor. Mi hijo, ostenta libertad, un exclusivo título europeo, su arte y el aporte a la herencia histórica representada inconclusa, permeada por la desigualdad en el amparo desdén de la legalidad, su logro es literalmente el primero en su clase, su ciudad y el departamento del Magdalena.

El personaje olvidado



Prometeo, Ciénaga- Magdalena, por Rodrigo Arenas Betancourt, escultura erigida en 1978.
Fuente: El Informador, Santa Marta.

Otra lealtad a la realidad es el hecho de que Prometeo no haya sido diseñado originalmente para lo que representa hoy, aparentemente un encargo para una isla Caribeña, sin embargo el capricho del destino lo inserta en esta tierra y grita machete en mano lo que sea necesario para quedarse. Fui hecho para los de Ciénaga. ¡Soy cienaguero culo sungo! Pertenezco a esta tierra, he sido siempre de aquí desde mi ordenanza. Una vez más, una escultura imponente, arrebatada por un antioqueño, a aquel escultor nativo que en algún siglo nacería y recordaría a un “negro” idéntico a Prometeo, levantado sobre los rieles que se le perdieron de la canción de Santa Marta tiene tren pero no tiene tren-vía. Me quedo en silencio tocando los rieles y el brillo de la piel sudorosa, allí veo al escultor dando instrucciones a su modelo, quien lo funde con la figura metálica y que en algún momento debió estar viva destinada a solidificarse en el tiempo, como las gotas rodando de sus sobacos, vuelvo en si con los gritos de hombres cargando lo que en algún momento eran los frascos comerciales de mayonesa y salsa de tomate, ahora repletos de hielo y aguas grisáceas reticentes a limonada y amarillas alusivas a jugo de naranja, Tang el refresco en polvo líder de aquella época, corren cinco hombres, dos limonadas y tres naranjas, atacan las ventanas del Colibertador varios metros antes que se detenga por completo, invitan con sus refrescos y vasos de siete onzas a \$20 cada uno, para sofocar el cambio brusco de temperatura dentro de la caldereta rodante, y que llega hasta ese punto fresca por la velocidad con la que el viento menea todo dentro del bus, pero empieza a tibiar a medida que el techo resiste el embiste canicular, descienden del bus mi madre y mi hijo provenientes de Santa Marta a su reencuentro con la estabilidad y

alejados de las obligaciones laborales y con rumbo hacia la serenidad, en casa de la semilla artística, no sin antes recolectar, guayabas en el patio en casa de una de mis tías, junto a dadivas, rumores, la prensa y los hechos relevantes de esos días.

Esos hombres vendedores, tal vez hoy, serán ancianos algunos, otros habrán dejado de existir, mas sigue hoy la misma temperatura y algarabía en torno al transporte interdepartamental. De prevalecer la tendencia, vendrán otros siglos con quizás una visión cismática que desvincula aún más, el crear esculturas, a modo para que no germine en la memoria de las nuevas generaciones una relación más acertada de los diversos grupos que tomaron parte del ciclo colonizador, libertador y contemporáneo; esos actores y sus cítricas bebidas junto a todo el andamiaje de movilidad publica son en parte retazos de la historia económica que seguimos lentamente escribiendo, el centralismo gubernamental haría lo propio, inmutable al reconocimiento de 495 años y es obvio, puesto que el de aquí espera prodigios desde el gobierno, mas nada hace para rescatar lo nuestro por sí mismo.

Simultáneamente, las fuerzas del poder político enfrentan un panorama igual de prometedor, tal como para los hijos de quienes venden jugos tras buses aun en movimiento y dulces en las calles como mi madre, la promesa de cuando el individuo se desarrolla en medio del poder, el resultado es elocuente, basta ser presidente y tener hijo presidente, basta ser alcalde y tener esposa gobernadora, basta llevar fusil y ser congresista, aspirante a cargo público de primer nivel, sin duda cada grupo torna su condición proyectada a lo merecido por el entorno, hasta allí ninguna incongruencia ética a lo que se deba balbucear, pero cuando llega la hora real de medir hasta donde llegan en realidad los bachilleres samarios de abolengo, ninguno sale de su graduación hacia universidades en Europa o Londres, no al menos que culminen en el bicentenario de Colombia, simplemente porque el valor de un título profesional les desenmascara ante una situación agazapada en optar por instituciones nacionales a una ínfima parte de lo que cuesta en el viejo continente, el aplacamiento es entonces que aunque hijo de poderosos, se requiere solo para matricula aproximadamente: 120 millones de pesos colombianos, para una carrera de tres años, más transporte, vivienda y alimentación por otros 180 millones adicionales.

Parque Bolívar Santa Marta



Obra de los italianos Leone and Vignali Tomassi 1953. Fuente: Alcaldía de Santa Marta.

El Edificio de los Bancos, al fondo, donde en el último piso, Celina mi madre y mi hijo, hacían la visita a los trabajadores de la oficina de Lufthansa, intentando reducir el inventario de sus productos gastronómicos; desde el piso 11, la ventana le permite al espíritu flotar con una insuperable panorámica que invita y revela más allá de lo que la visión alcanza, una línea de estrellas brillantes en el horizonte y que pocos han podido disfrutar. Es desde el piso más alto de este edificio, que el mar brinda destellos caleidoscópicos como esquirlas de diamantes, que fulguran sobre la corriente marina, un azul profundo plateado y tostado, obra del sol perpendicular que fustiga por casi 13 horas diarias.

Es albur que desde este mismo punto convergen, la legalidad de la administración pública a la derecha y bonanza privada desagraviada menos leal al lado opuesto, edificio que deja ver el cóndor moldeado a la entrada de la alcaldía, como el real cóndor exhibido permanentemente en el museo de Horniman en Londres - Inglaterra, emparentado en forma, color y agilidad al: *Coragyps atratus*.

La Escultura a Los Tayrona



Fuente: Alcaldía de Santa Marta.

Arte presente desde el año 2007, levantando la mano izquierda el indio Tayrona, y señalando con su dedo índice, esta Don Rodrigo de Bastidas a menos de 500 metros, de ese punto doblando unos pasos a la derecha esta: Bolívar, unos pasos más adelante la casa donde murió, otros cuantos pasos más y se está en la Lotería. Recorrido obligado de mi madre y mi hijo. Es aquí, en este mismo punto a la derecha del indio, donde ellos terminaban el trayecto de sus ventas, el destino final de la jornada, antiguo edificio de la antigua Electrificadora Del Magdalena, típicamente casi al atardecer, es aquí en este mismo punto a escasos metros a la espalda del Tayrona, que la visión artística del emprendedor, desafío cambiar el muladar confirmante de que convivir con la letrina era normal para los residentes y tal vez para los extraños.

Al levantar el indio su mano, señalaría que a pocas calles de allí, está la escuela donde mi niño estudio la escuela primaria de 1985 hasta 1990, por paradojas de esas del azar, el nombre de la escuela aun hoy es: Instituto Tayrona, ubicado en línea recta hacia donde mira la escultura, un recorrido de unas 12 calles con un leve giro a la izquierda. ¿Cuántos no vinieron con poder suficiente, para cambiar la letrina que era donde se ejerce la marina? En mi camino por los recuerdos, pretendo que los olores de las necesidades fisiológicas de los gamines y basuras acumuladas nunca me alcancen, en cambio sí existieron para mi madre muchísimas tardes hasta que dejo este mundo, sin embargo al menos alguien con integridad asumía esto es mío, es mi casa y se nos permite hacer lo que sea, bóxer, dormir, mear, un real estercolero y a solo veinte pasos de la Policía Nacional.

Quizás sea fácil asumir que los bastones o postes son para las banderas de las naciones liberadas, pero en cambio son mástiles de embarcaciones que expulsaron de ese muladar a el habitante de calle hace menos de 15 años, ¿se da acaso la tendencia de hacer las cosas al final de la historia? O es tal vez que las cosas pasan a la velocidad cultural que hemos amasado. A ese ritmo es entonces fácil adivinar que no habrá obras alusivas al personaje que hace falta, en el cuarteto cultural visto desde esta ventana. Conquistador, libertador, indígena. ¿Quién falta?, ¿vives tu en esta historia? Con la excepción del Prometeo a 35 kilómetros de la mano derecha del Indio Tayrona, se encuentra Ciénaga Magdalena, segunda ciudad de este departamento, allí se alza el personaje fiel a la historia en cuanto a su fisionomía, color de piel y no por su alusivo lenguaje corporal; Prometeos está allí como un simbolismo al conflicto resiente de exportadoras extranjeras y los trabajadores del banano, mas no porque lo hayan desembarcado encadenado, es en cambio la voz del artista que se alzó machete en mano, pensando en otro lugar, pero el destino forjo decidido que permanecería donde está hoy y no en gobiernos holandeses, para que el Prometeo pelear por lo suyo y por los que no pelean por él, ni por Santa Marta, sintiendo amor propio, su obra por esta región, orgullo y resistencia, obra que tal como pasaba en calle 22 con 1, antes de la obra Tayrona y la Marina, sufre los vestigios del inclemente olvido.

Indio Tayrona



Fuente: Alcaldía de Santa Marta

Esta obra magnífica es el testigo de quienes eran los dueños de la tierra antes de la conquista, una vez más se da la tendencia tardía hacia el arte que grita las raíces, la tierra, los protagonistas de la historia y la actualidad del artista mudo que espera por alguna obra que le recuerde que hay que querer lo nuestro. En el fondo de esta imagen en el Morro, que al mirarlo de cerca refleja las grietas resquebrajadas de la cultura Caribe de poco liderazgo, para reconstruir, proteger y explotar lo nuestro por nosotros mismos. Que hable la imagen, o ¡que grite si puede! Nada la cambiara porque es la idiosincrasia propia de tan como somos. Viajando hacia el Morro y revelando una realidad casi imperceptible, la modorra nos lleva agarrados de la mano a observar de cerca lo que a simple vista no se quiere ver...



Imagen 28-08-2009 Morro de Santa Marta, fuente: G. Striedinger

Como un rastro de incuria natural, al igual que al entrar en una casa, olvidando aludir al huésped al llegar o al despedirse, al más alto representante del trabajo de nuestra liberación, a su más alta acción hacia los abuelos de nuestros abuelos, como al entrar a su casa, La Quinta de San Pedro Alejandrino, donde el acceso a su uso personal es el súper apogeo hoy, como un casi club para bodas, shows y recepciones, eventos de sabotaje para no recordar, el lugar donde el artista local con sus hermosos jardines en óleo, despierta una envidia digna de los mejores artistas europeos que hayan existido, enfatizando los nombres y lugares en seudónimos rimbombantes como una raíz inspiradora. Si mostrar la obra de un artista de esta ciudad, en la que fue la última casa del héroe del país, sin regular al menos un pincel de gracias, ni un pétalo a su legado, sin un regalo a la inclusión de los diversos súbditos, si todo aquel uso de la Quinta es justo, entonces debe serlo de igual forma para el artista que le hace

funeral a su perro y lleva un poco menos de medio siglo sin presumir de su aporte gastronómico a la ciudad de Bastidas, o la familia Zapata en la Calle Tumbacuatro y Avenida del Ferrocarril con 73 años, hirviendo, moliendo y fritando maíz blanco. La Quinta de San Pedro Alejandrino, es administrada por la elite política de la ciudad y cierra una inclusión a ciudadanos con igual derecho sobre ese establecimiento y de desigual condición socioeconómica, el inventario cuenta de bodas y festejos de querubines de aquellos con apócrifo abolengo. No es sorpresa, el nulo uso de la casa de Simón Bolívar por creadores y artesanos de la ciudad, está limitado a celebraciones a ese grupo de parientes socioeconómico y a quién necesite un taller de arte donde lo menos expuesto es la figura libertadora. Como resultado del presente, es probable que pasen 200 años y se excaven los bustos y esculturas de un tesoro inexistente recién perdido, la visita de mi hijo a la Quinta, se dio gracias a la escuela primaria. Con una carta que añadió más tizón al mundo al que mi hijo se enfrentaba, una carta a lápiz que encontré por casualidad dentro de su libreta, dirigida a la psicóloga bogotana de su colegio, carta donde dicta sus ideas a la vecina de confianza y que ella a su vez redactó plasmando la idea principal, de lo que mi niño quería clamar.

El Apellido De Mi Hijo

Doctora Andrea,

Lo primero es contarle que, nunca he tenido relación con mi padre biológico porque no he sabido quien es. En mi registro civil de nacimiento, aparezco hijo de: ----- sin embargo hoy después de 10 años, esta persona quiere que me quite el apellido, argumentando que “no soy el hijo”. Ahora bien, jamás pero jamás lo he visto o he cruzado palabras con este señor. Este señor me registró en un acto idílico de “enamoramiento hacia mi madre”, pero hoy persiste en contactarme por medio de mi madre y ella a la vez muestra complacencia a sus pretensiones. Sobra decir que mi postura es la de NO acceder a quitarme el apellido. Contar todo esto es muy penoso, hoy tengo tareas, es verdaderamente problemático intentar **cambiarme** este apellido de forma voluntaria como sugiere el señor. Doctora Andrea, “yo soy yo”. Me gustaría contarle más de mí, pero no tengo certeza si recibirá lo que le escribo, o me pueda ayudar, en pocas palabras, le puedo decir que nunca he tenido padre biológico, en cambio he tenido una hermanita de mi padrastro.

Quizás estas ideas de celebrar y recordar debieron ordenarse como el trueque por la libertad, en tinta y papel por parte del propio Bolívar, para preservar lo que fue conquistado, y no todos ingresan con cuyas obras mágicas hablando de todo menos del dueño de la casa y la ciudad. El que nos dio la libertad media que disfrutamos hoy, hemos regresado poco y como la imagen del gallinazo, hace palpable una efigie de las cosas que nos representan culturalmente, el trabajo en declive, la vida abandonada, el pájaro negro perdido. Cuando la doctora, llegó a la puerta del inquilinato, fue recibida por el olor a desaseo y la característica misma de los tufos a esos lugares donde hay perros como parte de la familia, las paredes tiznadas de carbón; cuando mi hijo la advirtió allí de pie en la puerta, me sentí descubierta y él a su vez traicionado, jamás habría querido él, develar las condiciones paupérrimas de convivencia. En el fondo de la casa, dos perros daban a todo pulmón saludos heráldicos, una invitación al “no entre”. Al menos, la doctora no alcanzo a pasar y observar a el dueño de la casa, posando en un trono donde supervisaba sus inquilinos y los movimientos de los 5 cuartos, ni la puerta a la que le faltaba la mitad de la cintura hacia abajo, para ver las piernas desnudas de las personas que utilizaban el retrete, sea lo que sea que ella haya dicho, no cambio nada la situación, antes por el contrario, generó mayor desconfianza hacia el sistema y a su operatividad.

Como una imagen de flores que se expulsa allí donde el héroe exaltó su último suspiro de aire sin que nadie se animara a darle una palmada en el hombro y asegurarle que todos reviviremos sus hazañas, con bustos, monumentos y no pinturas inspiradas en el viejo continente, como si se viniera a exponer con altivez cuentos de paisajes europeos por encima de los cerros áridos de esta ciudad, un tiempo de libertad que alcanza 200 años, secos a la intemperie, pero libres, haciendo difícil olvidar el recuerdo.

Grados, es otro de los más recientes sucesos celebrados en este símbolo de la región, bienvenida entonces la celebración de establecimientos educativos sin aires fastuosos, a fin de que el Instituto Técnico Industrial, Liceo Celedón, entre otras instituciones públicas con igual derecho de gozar de una fotografía emblemática en la Quinta, también disfruten de ese momento de júbilo, idéntico a la promoción 2019, colegio Bureche School, quizás líderes locales en lengua extranjera, pero poco representativo a nivel nacional en términos de resultados académicos en castellano, la graduación, como un momento cúspide en ese tramo hacia la educación superior para todos esos niños, sin distingo de la escuela que se provenga, oficial o privada. A pesar de obtener calificaciones no tan altas en las pruebas del estado, los bachilleres de los colegios bilingües se destacan, al ser sopesados con bachilleres de

educación pública. Prueba irrefutable de que las garantías educativas, en entidades oficiales, no eran una opción para algunos servidores del estado, por ejemplo: Par de maestros de mi hijo, en su escuela pública secundaria, sin ánimo de aludir a aquellas personas, me es indispensable relatar la verdad, y aunque no haya un delito en sus acciones, sí muestra de forma elocuente la confianza que se les tiene a esas instituciones donde ellos laboraban, concretamente hablo de un maestro y una maestra de Galileo, en su etapa de bachillerato, ellos son Jesús Orozco, profesor de biología, quien en su momento trató de ridiculizar a un estudiante con el tópico de las 3 partes de tierra y una de agua, cuando lo que el niño intento decir fue: 3 cuartas partes de la tierra están cubiertas por agua. Pues bien, sin sorpresa, este maestro del estado, quien optaba por tener a sus hijas en instituciones privadas, corroborando la noción de que los mismos miembros del sistema educativo preferían evadir las carencias de un sistema paupérrimo y que era solo merecedor para personas con ninguna otra opción. A solo unos pasos de la Calle Tumbacuatro con avenida del ferrocarril, mi hijo pasaba a escasos metros del carro aparcado del profesor, esperando la hora de salida de alguna de sus hijas de la escuela “La Milagrosa”. Sé que no debo traer ninguno de los nombres de aquellos maestros, mas es otra muestra de la confianza que tiene el funcionario público sobre su propia institución, y que a la postre determinaba un futuro cierto basado en una “mejor” educación, contrastante a la que viví, y que amagaba repetirse en mi hijo de forma similar; la otra maestra es la profesora Herminia Vega, querida y cariñosa con todos sus alumnos incluyendo mi primogénito, tampoco confiaba en brindarle a sus propios hijos lo que ella a través del estado le brindó a muchos niños de forma cordial y prestante, los hijos de la profesora, estudiaban en el colegio reservado para los estratos más altos de la ciudad, sobre la avenida Libertador antes de llegar a la avenida del Río. ¿Por qué funcionarios públicos optan por entidades privadas para sus hijos? Es similar a preparar melindre para otros y que sus propios hijos no deben consumir.

Tal como aquellos días de su niñez, mi hijo atendía de adolescente, de forma constante a los hijos de la maestra, fuera de su horario escolar, debo decir en sus horas de trabajo. Mi hijo trabajaba antes de clases y después de clases, inmerso en la maraña social impuesta en sus hombros, aun sin poder salvarlo y redimirlo. Mami, la maestra me ayudó, va a dejar que le lleve la tarea a su casa, (mientras trabajaba), tal vez una testigo mudo, de lo que la composición en la sociedad esbozaba en la desigualdad ostensible de aquel joven, que ante sus ojos tal vez, no llegaría hasta donde sus hijos, pero que de forma paliativa auxiliaría con permitirle darse una escapada del trabajo y mostrarle la tarea en su propia casa.

Seguro que no era la tarea per se, lo que le interesaba a la maestra, más bien, era la contribución hacia aquello que prometía sombrío en ese instante. Desde la altura de la oficina portuaria, un inversionista formal extranjero dedicado a la logística del papel del periódico capitalino, aquí en el piso 11, este edificio se entrelaza lo público, lo privado y lo no muy legal. A solo a unos pocos pasos de aquí, la supuesta ilegalidad en la fachada del almacén de la carismática matrona de la época, mujer que fuese un icono más que popular de mi juventud, de la niñez de mi hijo y mi madre, en la sección de juguetería de ese almacén, ella le permitía a mi niño jugar en su prestigioso y distinguido emporio, pasar horas en las oficinas de Ubisex una clara alusión a su nombre: Ubida, lugar que miraba de frente a pocos pasos hacia: la alcaldía y a unos pasos del monumento del Libertador, el conquistador, la Casa de la Aduana y La Lotería, ya fuera del ángulo visual pero a pocos metros el lugar que sería del indio Tayrona.

En esos tiempos aún no se advertía homenajear Tayronas ni construir marinas símbolo de progreso económico, sino esperar que algún cometa trajese la inspiración de las obras y homenajes para los que viven aquí. Precisamente cuando al alzar la mirada, hacia la parte alta del edificio, veo caminando a mi madre y sus mercancías, junto a mi niño, un pequeñín jugando a ayudarla, cargados de paquetes con los colores la bandera de Santa Marta, pero son más bien bolsas plásticas de rayas azules y blancas, la misma bolsa usada como camisa, por aquel niño árabe.

1525 representa la fecha en una conexión entre lugares y ciclos, estructuras económicas y la carencia del arte por lo nuestro. Mi hijo termino su bachillerato hace veintitrés años, sin fotos de prensa y sin heraldos anunciando aquel logro, el grado se hizo un 3 de Diciembre 1997, en el extinto teatro que lleva el nombre de la ciudad y desdibuja irrespetuosamente pálidos indios Tayrona en la fachada de la edificación. Sonaría inverosímil decir que la mezcla de lugares es irreal o producto de un recuerdo caprichoso, así tal y como fue veraz que mi hijo grabara esos lugares junto a mi madre, El Morro, la Catedral, antes que el recuerdo los reclame y los borre por completo de la memoria, una cámara desechable era el arma para extender los recuerdos, un presagio que mi madre no vería hasta donde su nieto iba a llegar, o hasta donde llegamos él y yo. Un trayecto que arrancó en Ciénaga, allá en la casa del hijo del cuento de los ataúdes, la casa con biblioteca y bar, el hogar sugerente.

Una senda variada, cargada de ampollas dejaron en mi hijo el bachillerato, la adaptabilidad en torno a desplazarse desde los tugurios hacia el trabajo y el colegio y del colegio al

trabajo eran una fiesta verdaderamente sin música, en estos lugares trabajó todos los años de la secundaria junto con varios de su primaria, no obstante y sin importar sus entorpecimientos terminó donde varios padres anhelan que sus hijos puedan llegar.

Tal como aquellos de la institución exclusiva y costosa de la ciudad, cuyos parientes deliran junto con sus retoños a que perpetren rebasar a la parte alta del invisible pódium social, sin tantas vicisitudes e impacto mínimo del trasegar descalabrado de nuestra economía.

Movida por el paso traumático que infligí en mi hijo y en mi madre, rodamos desafiantes de nuestra realidad, por 25 casas alrededor de la primera ciudad fundada en Colombia, por más de 15 años, recorrimos lugares irónicos tales como: Bastidas, Cundí, Taminaca, Pescadito, Almendros, Mercado, Manzanares a unos pasos del Batallón Córdova y el círculo vicioso de la calle: Tumbacuatro y 20 en el Centro de Santa Marta, barrio que facilitaba el ir a comercializar en los equidistantes lugares emblemáticos oficiales, visitados por mi madre y mi hijo, aquellos tiempos eran la inestabilidad absoluta, la ciudad en si era nuestra carcelera asociada al sistema inquebrantable con las pocas herramientas dadas por el estado incluyendo una mediocre educación que apuntaba a la continuidad de un andar maltrecho, dado que la admisibilidad al sistema de educación superior, debía ser la conjugación de un pasado estable y afianzado en unas finanzas que redundarían en por lo menos poner como garante una propiedad o bien raíz como trueque al costo de la educación, mas como nada de eso fue posible, se llega entonces a las puertas de la educación superior sin trabajo para pagarla y sin bien raíz de garante.

El cambio a otros horizontes se reflejaba prometedor, a fin de que en algún territorio nacional las condiciones fueran benévolas, e incluso con un último intento de fuga a Barranquilla buscando un respiro a tantas escaramuzas, lo intenté, no se rompía el patrón repetitivo de la inestabilidad en la vivienda, en la arenosa el recorrido múltiple por barrios amagaba en repetir la tendencia del bamboleo de un techo, ya curtida en el alma de mover y remover harapos, colchones, tablas, los helechos, crotón, trinitarias y otras plantas de mi madre, como la de agujeros en sus hojas llamada jocosamente balazo, además de muchos otros corotos de mi madre, a veces en camiones pequeños, otras en taxi y en otras en carro de burro, una ruleta que desparrama la motivación, desgata y trata de obligarte a no escapar de su sistema, molienda infatigable que exprime todas las gotas de tu cuerpo, sin embargo, sacudí aquella norma y me uní a mi hijo en Inglaterra a quien deje de tener en mi techo inestable hasta que cumplió dieciocho, saco su primer pasaporte en una fecha irónica, como

su historia, un 11 de Septiembre, pasaporte firmado por: Yadira Palacio, la encargada en esos días de autorizarlos, se embarcó con una carga de esas de Lufthansa por tierra y hacia 2.600 metros más alejado de las sofocaciones, con destino a las bodegas del periódico el Tiempo, allí llego a esculpir la forma de su futuro, lo volví a ver cuatro años más tarde para el funeral de mi madre y un año después de ese inevitable suceso, volaba por primera vez rumbo a nuestro reencuentro, tal y como aquel Douglas de Avianca arrastraba las flores por los aires, los recuerdos se quedaban con la estela del avión, en ese momento un moderno Airbus, atrás quedaba aquella prueba de resistencia, que estuvo a punto de someternos y esclavizarnos perennemente, la efusión de la desigualdad social se extinguía para mí, empezaba un nuevo capítulo...

Durante el trayecto entendí que es posible alcanzar la parte alta de la idea de Maslow², romper sistemas económicos impuestos a los menos favorecidos, o por lo menos escapar de ellos cuando el tormento está escrito en la frente de aquellos como mi madre y mi hijo, de los tres logramos huir dos.

De ese enmarañado demográfico hace parte también la educación pública, para aquellos que no les queda otra opción, muy a pesar de sus carencias, ofrecía la posibilidad de convertirse en bachiller y seguir el tramo hacia educación superior, esta fraguó el entendimiento de mi hijo en base de la experiencia expuesta en los protagonistas dentro y fuera de ella, cada uno de esos chicos compañeros de estudio, con calamidades similares a excepción del trabajo anticipado impuesto a mi hijo de forma incidental, los maestros que gozaban gran parte de ellos de estabilidad económica, en conjunto conjugaban y aclaraban lo que de verdad sucedía en relación a educarse de forma óptima y los educados óptimamente. Su entendimiento de lugares, con mejores alternativas sociales, económicas y de salud, se ideaba en la forma de su nueva destinación, posible de visitar en las hojas de aquel atlas de aquella biblioteca de esa casa en Ciénaga Magdalena. Preguntando con cada oportunidad: ¿cuánto se demora un carro en llegar a Suecia, a Suiza, o Frankfurt? Tratando de sopesar en su cálculo infantil, lo que tardaría el mismo recorrido de irse caminando.

El arte llego para sorpresa mía y del método educativo que nos había atrapado, sin destrezas, sin herramientas, sin oportunidades, oprimidos por una sociedad excluyente y habituada a notarlo desde la postura conveniente, sin amparo de superación para cuando no se hace parte del control administrativo de Santa Marta. Entro en sus recuerdos cuando veo

²Abraham Maslow, psicólogo creador de la teoría jerarquía de las necesidades en 1943, poniendo en la parte alta: Self Actualización. La actualización plena como individuo.

aquellas imágenes y las veces que mi hijo recorrió literalmente los símbolos del centro de Santa Marta, él sin proponerlo sabe que esos días descoloridos con mi madre eran el cimiento de un futuro prometedor...

A pesar de aquella inestabilidad, mi hijo fue emprendedor inagotable, la mezcla obligada de explotación infantil eran una forma disfrazada de juego y no un abuso físico, tal vez un abuso a su inocencia en que esos recorridos eran si o si necesarios so pena de no comer. Los abusos equiparables a los míos. Correría hoy a alivianar sus tormentos. Más increíble aun, es el hecho de que en esta misma calle, alejándose del mar unas cuantas calles, este el Instituto Técnico Industrial, escuela donde matriculé a mi hijo en el año 1991, para que llegara un paso más adelante de hasta donde yo terminé. Regresando al mar por esa misma calle, cuando terminan las edificaciones, empieza la belleza natural del océano y de no ser por las leyes de la física, se podría seguir caminando en línea recta por encima de las olas y mirar escondidos cuando él tomó esa imagen que recuerda lo fácil que es abandonar lo nuestro, un gallinazo perdido en el mar, sobre las ruinas y siguiendo como guía el contacto visual del Morro y la luz decadente de su faro. Como una huella al abandono natural, alta acción hacia los abuelos de nuestros abuelos, como entrar en su casa, La Quinta de San Pedro Alejandrino, donde acceden a su uso personal los súper estratos a manera de semi club, bodas, agasajos, eventos de sabotaje al recuerdo, el lugar donde el artista local con sus hermosos jardines plasmados en óleo, despiertan la envidia digna de los más grandes artistas Europeos que hayan existido, recalcando estrepitosos nombres y lugares como raíz inspiradora.

Cuando se palpaba la culminación de aquel trayecto educacional, en virtud de patria, el estado reclama de forma justa un servicio en retorno, bajo la forma del servicio militar obligatorio, no obstante, desconoce las características de cada hogar y se limita a registrar nombres y edades a los nuevos reclutas. La decisión de encarar al estado se fundaba en un solo pilar, el económico, ese joven menor de edad fungía con iguales condiciones en el sistema de pensión laboral del estado colombiano, año 1997, igual que cualquier mayor de edad, con ingresos que acertadamente es puntualizado por el mismo estado como mínimo, allí se desprende el argumento de prestar servicio en el ejército sin una remuneración suficiente para aportar financieramente a su hogar, a cambio pondría más penurias a su casa a falta de ese soporte primordial; mantener esa contribución hacia el sustento de mi madre Celina y yo, la elección por parte de mi hijo fue obvia. Ahora como adulto, en donde las marcas del sistema desaniman incluso a Clark Kent, sumado al reto paralelo de marcharse ante la primera oportunidad. Aterrizo en la tierra del Tío Sam, con los bolsillos repletos solo con el

equivalente a US\$7. Al poco tiempo de estar allí, mi hijo me embarca en un vuelo Bogotá – Miami – Madrid, junto con sus tres hermanos menores, quienes hasta esta parte de la retórica, no les he platicado, los niños, a quien su hermano mayor, les viró con fuerza el timonel, dejando una estela enorme en forma de u, con lo que había que sujetarse con poderío para dejarse arrastrar hacia un cambio alentador y tal vez unas mejores tierras.

De allí parte a España, en donde crea amigos en el Cactus Cantina de Valencia y Alicante, luego de esa estancia parte a Milán; en donde enfrenta varios tropiezos similares a aquellos cuando llegó a la capital de Colombia. Sigue su trayecto hacia Londres Inglaterra, en esa ciudad, empieza a trabajar en Harrods, pasa por lugares como la multinacional del ex alcalde de New York; Bloomberg o el gigante tecnológico Google, clubes privados como Soho House, uno de los palacios de la monarquía y lo más selecto de la exuberancia gastronómica británica. Mientras esos acontecimientos pasaban, da su primer paso a la educación superior, estudia en instituciones universitarias, tales como: Southwark College, South Thames College, London South Bank University, Westminster Kingsway College y finalmente la universidad de Middlesex, de la cual se graduó el 9 de Julio de 2019, haciendo historia, como una hazaña que sobrepasa los ojos de madre, es el logro del individuo con tenacidad, a quien la carencia sometió, pero que la semilla del arte y la educación no se rindió.

Lleva en su mano el sombrero “vueltaio”, al que viste para engalanar la toga, rumbo a estrechar la mano del maestro de ceremonia, quien lo espera con el rollo que simboliza el título, conquista en honor a su tierra 1525 y a su escuela pública de secundaria, el único y primer título de profesional en administración de empresas en Inglaterra. BA (Hons) Business Strategy & Enterprise Management, de la Universidad de Middlesex. Un año donde la historia arma barullo en mi tierra por 200 años de libertad y año donde el verano inglés repinta mis recuerdos con glorias deportivas en Francia y el tramo recorrido por mi hijo, desde Santa Marta hasta Inglaterra. Hasta la fecha de mi relato, aquel hombre de la carta dirigida a la maestra funcionaria de la escuela, sigue planeando impugnar la paternidad de mi hijo y recuperar de forma legal el apellido.



28 -08-2009 Morro de Santa Marta, Imagen de G. Striedinger

Todos los hechos contados han sido realidad...